

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de la Voz del Tajo. Nº 26. 1 de Diciembre de 1984.

SUMARIO

- Angel Crespo habla de Juan Ramón Jiménez (pag. I)
- Los hijos de Caín (pag. II)
- 4 poemas de Francisco Carpio (pag. II)
- Pepe Fuentes, fotógrafo (pag. III)
- Un relato de Enrique Trogal (pag. IV)



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Estar por debajo

El 20 de agosto de 1936, Juan Ramón Jiménez y su mujer, Zenobia Camprubí, salieron de Madrid en dirección a Francia, desde donde no tardaron en trasladarse a los Estados Unidos de América. Juan Ramón llevaba un pasaporte diplomático, extendido por orden del Presidente de la República, su amigo Manuel Azaña, y su misión —gratuita, pues no quiso aceptar el sueldo que se le había ofrecido— era la de influir a favor de la causa republicana en las autoridades de Washington. Como las cosas no salieron a medida de sus deseos, el poeta y su mujer se fueron pronto al Caribe y terminaron por recalar en Cuba, donde permanecieron desde últimos de noviembre de 1936 hasta enero de 1939.

El matrimonio, que no tardó en establecerse en el Hotel Vedado, de La Habana, se dedicó a ganarse la vida cuidando de las ediciones de unos libros del poeta, colaborando en la prensa literaria y dando conferencias. Juan Ramón organizó, por entonces, varios actos políticos y culturales, en favor de la causa constitucional española. Más tarde, y cuando ya se encontraba de nuevo en Norteamérica, Jiménez pensó que debía publicar cuantos escritos propios y ajenos se refiriesen a su actuación de poeta español durante una guerra civil que, a su modo de ver, aún no había terminado —cuando menos en sus efectos inmediatos— el año 1954, al que pertenecen los últimos de los escritos que habían de figurar en su proyectado libro.

Con la mencionada intención, el poeta empezó a reunir materiales, escribió —con su elegante y casi indecifrable letra— varias decenas de notas y redactó unos cuantos escritos que han resultado ser de gran interés literario e histórico. Pero el libro quedó incompleto, en un estado realmente embrionario, y he sido yo quien, después de pensarlo mucho y haber repasado los miles y miles de documentos de su archivo, se ha decidido a reunir y organizar, hasta

donde ha sido posible, y teniendo en cuenta las a veces contradictorias notas de Juan Ramón, los materiales que andaban dispersos por dichos archivos y, en ocasiones, fuera de ellos. Sobre lo poco o mucho que haya podido conseguir, el lector tendrá muy pronto ocasión de pronunciarse, pues el libro, titulado *Guerra en España* se halla actualmente en prensa.

De entre los muchos autógrafos juanramonianos destinados a esta obra que me ha tocado descifrar, hay uno, lleno de lagunas y abreviaturas que lleva el título de "Karl Vossler, el vitalista", y que es un despiadado ataque a este famoso y discutible hispanista alemán. Cuenta en él Juan Ramón que, en 1939 —tendría que ser en los primeros días del año, puesto que los Jiménez se fueron a los Estados Unidos en enero—, Vossler llegó a La Habana y se alojó en el Hotel Vedado, con gran disgusto del poeta exiliado, que le sabía adicto a Hitler y pensaba que podía haberse desplazado a Cuba con la doble misión de profesor universitario y espía.

Aunque Vossler y su mujer se sentaron a comer, desde el día de su llegada, a una mesa contigua a la de los Jiménez, éstos se hicieron los desentendidos. El cuarto día, José María Chacón y Calvo, un intelectual cubano que era amigo de ambos matriomios, los presentó, dice Juan Ramón, "para evitar disgustos y mientras las cosas se aclaraban". "Me parecieron —sigue diciendo nuestro poeta—, él ambiguo y ella noble. Si tenía él que aludir a su Alemania, miraba de lado al suelo como el que tiene que echar la mirada al cesto de los papeles rotos, y se ponía colorado. Yo le preguntaba mucho por la poesía alemana contemporánea: Hoffsmantahl, George, Rilke. No la conocía muy bien. Decía: leí algo de sus primeros versos. Poco a poco me fui dando cuenta de que a él no le gustaba la poesía refinada, de que se jactaba de

"vitalista". Una novela que acababa de publicarse en La Habana donde se describía vulgarmente un coito vulgar, la consideraba magnífica.

Como algunas de las conversaciones de los dos escritores versaron sobre lo popular y lo aristocrático, lo universal y lo internacional, Vossler, le plagió, según Juan Ramón, las ideas que él le había expuesto, en una conferencia que dio en La Habana y publicó poco después la revista *Lyceum*. No: no podían entenderse, ni aun limitándose a hablar de literatura. Y un día tuvieron que hablar de política. "La víspera de su primera conferencia —escribe Juan Ramón— le dije, terminando de almorzar, que como al acto se le daba carácter oficial y había de ser inaugurado por el ministro de Alemania, yo español, no podía estar presente, porque destruyó, entre otras, a Guernica." Viene a continuación una frase incompleta por la que no puede saberse cómo pensaba Juan Ramón terminar este escrito.

Encontrándome un día en Roma, en casa de mi amigo el poeta Enrique Rivas, hijo de Cipriano Rivas Cherif y sobrino de Manuel Azaña, nuestra conversación recayó sobre los años que él había pasado en Río Piedras, en cuya universidad enseñaban entonces Juan Ramón y su padre, y sucedió que, sin que yo me hubiese referido al caso, mi amigo Enrique me contó el final de la historia incompleta que yo había descifrado pocos meses antes.

Cuando Vossler le bromeó a Juan Ramón diciéndole que lo que le pasaba era que le tenía odio a las solemnidades oficiales —ahí se interrumpe la frase incompleta a que me he referido— y que él, como intelectual que era, se encontraba por encima de aquellos bombardeos, el poeta le contestó secamente: "¡Pues yo estoy por debajo!" Dicho lo cual le volvió desdeñosamente la espalda.

Los hijos de Caín

Yo fui Scardanelli, de Francisco Carpio

Puede que la vida escoja al hombre contrariamente a como lo escribiera Hölderlin cuando se dejara llevar de Scardanelli y en tal sentido desee ahora este joven poeta español empapar su fluencia de verso y cuajo. Y se haya sentido punto y casa del propio Scardanelli. Al menos se recostó en aquella misma hierba o pudo abrir sus ojos a un idéntico paisaje de oro y de fuego. Todavía siento latir el libro y me impulsa a reflejarlo objeto de sangre y no de burla o juego pues, pocas veces, se diga todo y no solamente en símbolos y adivinanza. Cada cual se arrecia en el combate, pero sucede que la lucha, es la inquietante sombra de una búsqueda que queda sin su hallazgo. Y acá puso el poeta intención de "asomarse al vértigo", a su "jardín cerrado", sólo dar en trance a la memoria e inscribir en ella su aventura. El propósito: no quiero recordarlo ya nunca más.

Por camino de la memoria se patentiza el fin: la historia es fiesta cuando alegría, lamento al suceder el agobio de

lo perturbador. Por lo que el poeta —nombrémosle de una vez— Francisco Carpio lleva su carta marcada: desnúdase de la Memoria. El tormento que supone para él lo "pasado" le impele a despojarse y se muestra en su herida viva, escocida entre las nubes de lo pasado e, igualmente, insistiendo en el encuentro consigo mismo. El lirismo del libro se arrebata y no oculta y sigue preciso en la imagen, la utilización de los mitos —extraños— y los sórdidos aquejarres: la Noche, el Alba, Muerte, Belleza, Agua... son seres reales, emparentados al fantasma real de la persona del poeta transformado en lucha y danza, dolor y sufrimiento. Y Sebastián cobra valor de mito y símbolo sexual. Pues lo sexual no es fragmento de libro, lo protagoniza en una maravillosa ambigüedad buscada.

El libro se organiza en visitas que tienen su rico simbolismo y son otras tantas circunstancias evocadas y evocadoras. Y como el Job bíblico, el poeta recibe en su destierro a los amigos. Lo lunar y su limo, la locura y lo

extraño, la misma muerte estén en la connivencia oscura de la Noche. Canto a la pansexualidad, al amor y la entrega dolorosa es su visita de la Herida. Entra el tiempo y sus complicidades de la mano de las Estaciones, sendero de los desengaños, de los minutos y la ruina, pesada realidad, losa que cubre ya. Las mitologías y lo religioso, donde guarda su importancia el simbólico perceptible de lo germánico —(Hölderlin)—, Bragui-Poesía, colocado al roce del Ara visitadora. Color especialmente relevante se alza lo materno de la Escala, salvación posible, esperanza viaje al origen. Y la complicadísima máquina de lo propio múltiple en lucha consigo mismo, actualidad guerrera de uno mismo, poseído por Hydra. Tal es la maraña de estos poemas vitales de Francisco Carpio, condicionado por la entrega o el rechazo, el amor o la locura.

La influencia de Hölderlin y su musa son actitud proyectada y confesada en una soledad, clausura y retiros del poeta muy personalmente traslucida y adensada profun-

damente en versos y poemas. Hasta tal punto atrae y ejemplariza por lo denso. No hay nostalgias suaves, ni melancolías puras: la sangre corre en una objetivación de paisaje expresionista que es el desarrollo de un romanticismo alejado de los preciosismos y los reflejos esteticistas. Pero se aprecia en líneas una belleza sustancial, integradora porque el poeta lo es por su aprecio de lo estético: *Yo contemplé con mis ojos la Belleza... quiero ahora esperar la Muerte*. Creación y destrucción aludidas, de igual suerte, en el poemario. Sabor agríndice, luz y sombra.

Es una poesía de realismo esotérico donde las cosas se advierten a través de los trazos y el dibujo de la imagen. Contemplamos y respetamos aunque deseáramos la calma y no la encrespación. Pero aquí las llagas vivas diseñan y colorean los contraluces y las perspectivas. Vértigo que trabaja ocupando el corazón, levantando la espada con la que abruma y deduce el canto. No hay distracción posible, ni diletante aficionado que se adentrara en la



poesía. El cuerpo está ahí rodeado por la visión del alma propia.

Acabamos de leer —revivir, por tanto— el proceso memorial de un Scardanelli redivivo en el que, no sólo por camino y vía de Hölderlin, también al lienzo y dramatismo de Masaccio, trazo y tenebrismo, y la insinuante expresión de un romanticismo de impresión profunda e íntima. Cerrado el libro y sus páginas sus versos siguen recorriéndonos como un escalofrío. También yo mismo he contemplado su dolorosa belleza...

Carlos de la Rica



Francisco Carpio.

4 poemas de Francisco Carpio

LOS QUE SOMOS MUJERES

Los que somos mujeres, hemos sido en la imagen pretérita, aquella que guarda memoria de los cuerpos deseados, la imagen de mujer que solíamos hacer nuestra con el histriónico encanto de los niños distintos. Ya no hablar de la Madre, del Padre lejano, —que al cabo era la Madre doblemente nereida—, ya no hablar del increíble amigo que fueron las telas sobre nuestra piel del eco que el espejo, como único aliado, devolvía espléndido, desafiante. Aún somos mujeres y el cuerpo de la Amada es recinto y es atrio donde oficiar siendo poseídos, y es mayor placer si la amada está fuera de ti y tú puedes ser en ella porque en el anhelo del amor está el poso del reconocimiento y la fusión de los hemisferios. Los que nunca fueron mujeres no podrán ser llamados hombres.

LAS MUJERES EMBARAZADAS

Las mujeres embarazadas se acaricial la piel con los párpados cerrados, allí donde el deseo se abre en los poros y el abismo es un dulce viaje que los hombres no conocen. Las mujeres embarazadas se ven la sombra de los pechos recortada sobre la pared, y unen sus vientres con un lenguaje que sabe a pubis. Las mujeres embarazadas tienen sueños que luego no cuentan a ese hombre que se agita en la cama, con el cristal del sudor clavado. No es nadie. Las mujeres embarazadas de sí se arrancan los niños que aún no han nacido, y les besan con el sello de sus labios. ¿Quién será Alba? ¿Quién caída?

NO HABRA INFIERNO

Belcebú y Miguel se hacen cosquillas en el glande, tan cálido Rafael y Lucifer jugar enlazados con alas naranjas en los pies. Luzbel y Gabriel enculan primorosamente a un serafín, imberbe como una estrella. No muy lejos, el dueño del serrallo observa sus juegos y piensa en lo felices que pueden ser todos juntos. Un Paraíso.

PIEDRA LUNAR

Ya he consumido las risas de esta noche, la sangre bañada con mezcal, y esas arcadas que anuncian el Alba. Puedo morirme por hoy, como si fuera una piedra lunar a la que el Sol no concede gran importancia.

Francisco Carpio

(*) Del libro "Yo fui Scardanelli".

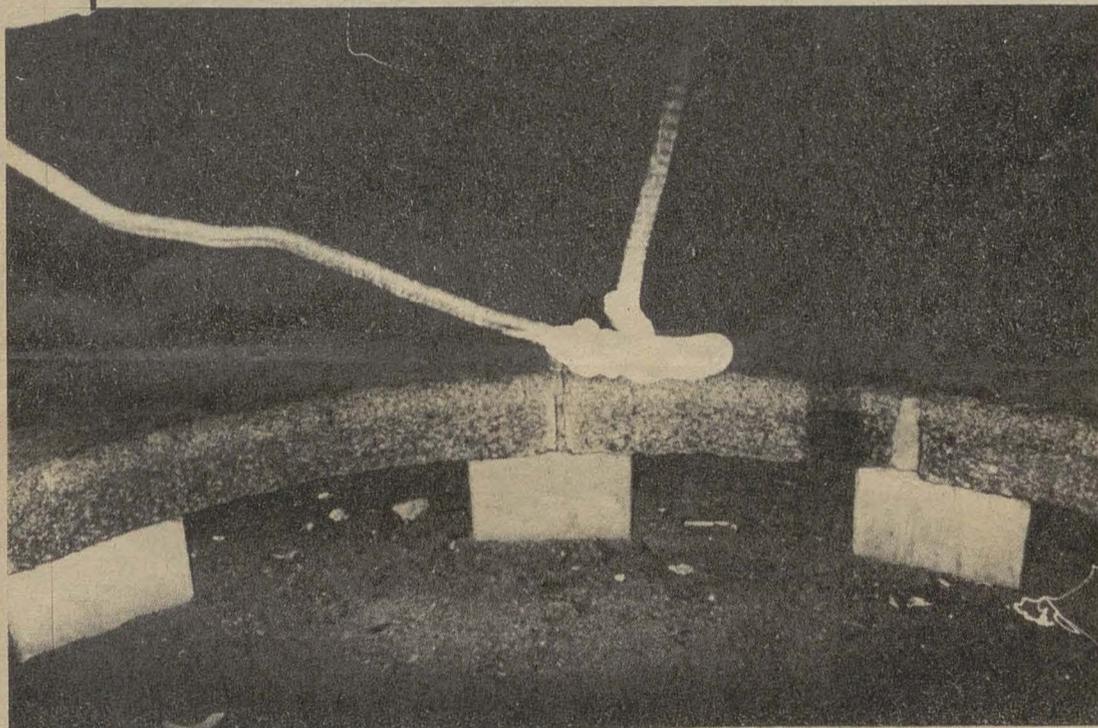
Los folletines de **LA VOZ** del Tajo

Ver o mirar, he ahí

PEPE FUENTES. Toledo: 1.953....?

Sobre fotografía, como de cualquier otra cosa, se pueden escribir bellas frases de profundos contenidos, que intenten desentrañar la capacidad desentrañadora de este variado y ambiguo lenguaje. Pero no es el caso.

Yo solamente os diré, que, por medio de la fotografía, se puede atrapar un asustado ectoplasma que estaba suavemente posado sobre un banco de la Vega. (Foto 1).



Ultimamente me he dedicado a fotografiar a conocidos y amigos, a casi todos los he captado en plena huida, osea "movidos". De aquí en adelante, retrataré plantas; no se mueven. (Foto 3).

Cuando miro este autorretrato, tengo la sensación de estar condenado a la insatisfacción metafísica. Puede que la realidad sobrepase a la ficción. (Foto 4).

Que, aunque la muerte, por ahora, me respeta, tengo fundadas sospechas de que no lo hará. Cuando esto ocurra, quisiera que adoptara una postura tan melancólicamente bella. (Foto 2).



Recapitulación junto al último precipicio

(Del libro "Monólogo del de mente").

Era él y lloraba. Y estaba allí, postrado, aterido, varado como un viejo barco. Todos lo habían mirado, muchos le hablaron. Pero era él y lloraba. Y sus lágrimas comenzaron por quemar en extrema reacción química el silencio. Su silencio acaso indomable, perseguido por tenaces caminatas nocturnas, por discursos brotados de la efervescencia de los segundos solitarios; su silencio posiblemente reducido a toda la literatura con que pretendió entablillar su ala rota.

Sí, era él y decidió optar por la postura heroica, deliberadamente ridícula: casi un grotesco idolillo parlanchín al que todos dirigían su complaciente atención cuando no había nada mejor que la mereciera. No hacía daño a nadie y a todos divertía. Pero jamás lo aceptó, ni siquiera como un reproche del destino, a quien nunca consentía imaginar como un niño juguetero y cruel. Su permanencia parecía inmutable. A l i g u n o s le dijeron:

"Ven"; otros le aconsejaron: "Vete"; hubo quien le gritó: "¡Huye!". Y se quedó allí, al borde de un precipicio.

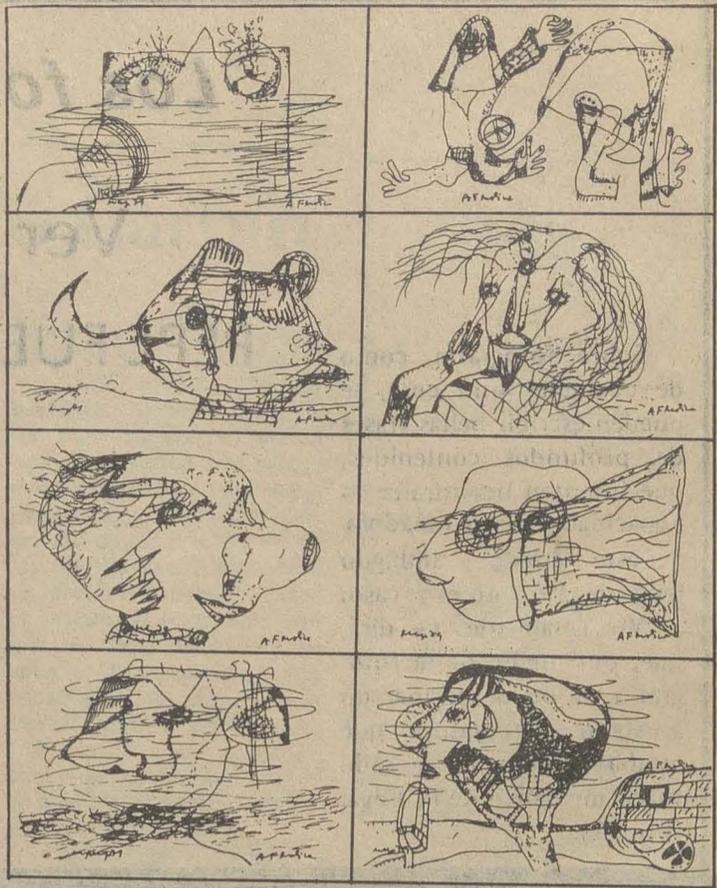
Los perseguidores habían insistido en su cerco y, finalmente dominaron la situación. Se aproximaban con cautela y sin prisas, como sombras escapadas de las sombras. ¡Si pudiera volar y burlar a estos perros malditos! ¡Si fuera un águila magnífica de plumaje deslumbrante y garras de hierro! Se abatiría sobre ellos, les arrancaría los ojos y los clavaría en sus propias fauces de bestias programadas. Pero no. Sólo era un pobre diablo atrapado en su propia vacilación. No quería pensar, afrontar la situación; le daba miedo, porque aquello representaba un riesgo indefinido, verdaderamente, el miedo de las cosas que no se han hecho nunca. Y, antes de determinar sus ventajas o las soluciones que hubiera podido reportar, elegidos cuidadosamente todos los inconvenientes necesarios, ya había renunciado a hacerlo. Así pues, dejó que siguieran viniendo sus verdugos. Aunque nadie esperaba de él que les hiciera frente, no sería esta la razón por la que no lucharía.

Era imposible que pudieran comprender que se limitaba a representar un papel, pura y sencillamente. ¿Cómo pretendían que echara a volar quien nunca había volado? De repente, escuchó la proximidad de unos pasos sigilosos y unos jadeos sofocados. Ya estaban cerca, faltaba ya poco. ¿Qué hacer? No había nadie a quien contarle nada. Sólo palabras flotando en la noche, apretones de manos sobre andenes llenos de humos y vapores, o buenos sentimientos y mejores deseos en perdidos apartamentos de la ciudad. ¿Qué hacer? Le gustaba caminar a la orilla del río, pero no lo entenderían, y evocar su infancia, que encerraba toda su vida. No, no lo entenderían. Nunca nadie de los que tuvo cerca fue capaz de hacerlo. Ahora tampoco. Ellos también se habrán roto las alas alguna vez. No, ellos no. Sí, sí, seguro que algunos sí, pero rápidamente arreglaron las cosas. Y no estuvo cerca. Sólo él había tenido que verse solo, oscuro y allí, al borde de un precipicio, esperando no sabía qué: una decisión, un fin,

un comienzo, una excusa, una razón, una mentira. Era él y ya no lloraba. Los otros estaban cerca, muy cerca, y ya no tenía objeto.

En aquel momento enumeró todo lo que dejó de hacer, todo lo que dejó pasar, todo lo que dejó de ver, todo lo que dejó morir. Se acordó de aquel espectro que se le aparecía con frecuencia y lo aterrizzaba, y de cómo fingió cuando conoció que era él mismo. Cerró los ojos y vio otra vez a aquellos compañeros que perdió de vista cuando remontaron las más hermosas alturas bogando entre nubes y cisnes, y él se quedó en su sitio soñando absurdos y planeando imposibles. Entonces brilló un fognazo de luz en sus ojos, en ellos sintió la sombra de un cuerpo ardiendo en el último rincón de la más larga calle de la ciudad. ¡Cómo le dolía su ala rota!

Tenía que volar y se quedó soñando absurdos y planeando imposibles. ¡Pero tenía que volar! Nada tendría sentido si no. ¡Tenía que volar! Se incorporó un poco y miró la profundidad del precipicio que se abría a sus pies. La mirada se fatigaba y se perdía sin conseguir atisbar el fondo. ¡Tenía que volar! Observó su ala, el plumaje ensangrentado y la articula-



Dibujos de A.F. Molina.

ción rota, y trató de moverla despacio. Imposible. Cada pequeño movimiento llenaba su cuerpo de dolor. Al fin, desistió. Sentía a sus enemigos casi enfrente; veía sus alientos implacables humear entre las sombras. —Es el fin. Nunca podré volar con un ala sola.

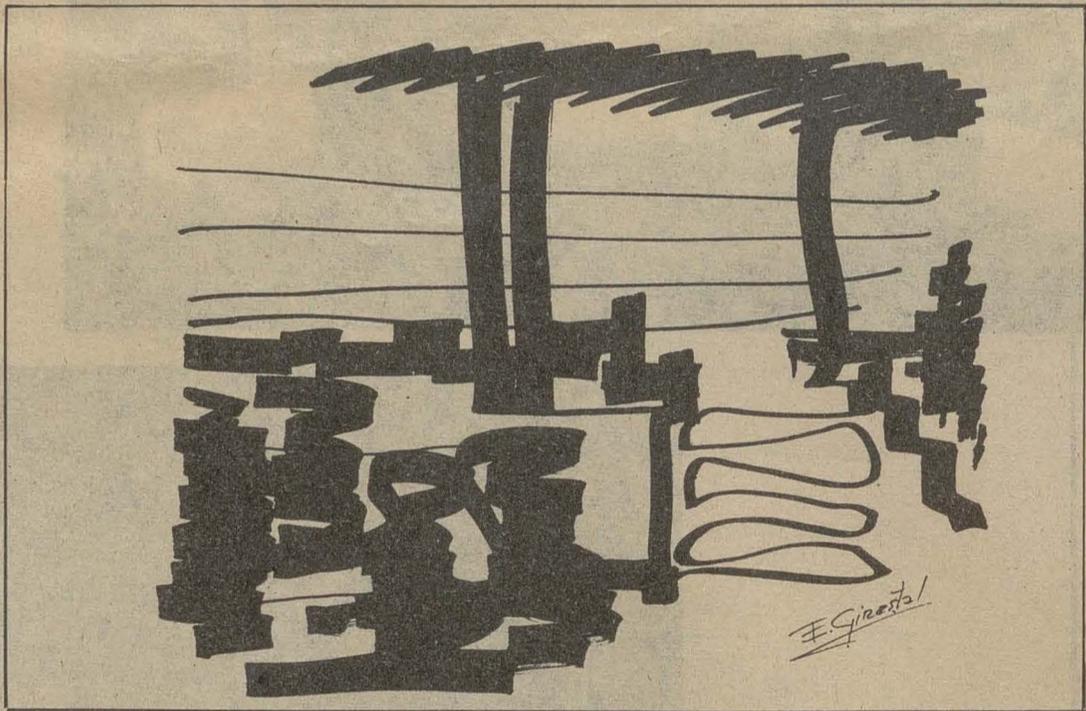
Súbitamente, emergieron de la noche unos perros de tamaño

monstruoso, de fauces llameantes. "¿Dónde está?", se preguntaron.

Y el hombre-pájaro hacía un instante que se había precipitado en el vacío oscuro de aquel abismo sin medida.

Enrique TROGAL

(Poeta, dramaturgo y prosista)



Remanso, de E. Ginestal.



¡Use los Tirantes Shirley President!

Se ajustan instantáneamente a todos los movimientos y posturas, evitan que se registre tirantez sobre la ropa ó presión sobre el cuerpo y aseguran

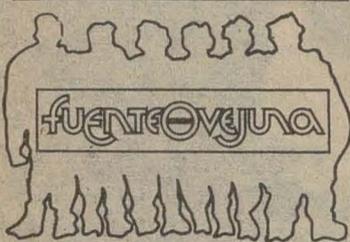
Comodidad Absoluta

permitiendo a la vez el libre juego de los músculos é imprimiendo elegancia á los trajes. Respaldada su duración y buen servicio una

Garantía Incondicional

Recházense las imitaciones — todas son inferiores. Así-táse en que las palabras "SHIRLEY PRESIDENT" aparezcan estampadas sobre las hebillas. Esta marca identifica la legitimidad del artículo fabricado y garantizado por

The C. A. Edgerton Mfg. Co.
Shirley, Mass., E. U. A.
DE VENTA EN TODAS PARTES



LIBRERIA GENERAL-PAPELERIA
LIBRERIA INFANTIL
JUEGOS DIDACTICOS

Calle de Santa Fe, 4 Tfno.- 22-36-56
TOLEDO



— MODA —

C/ Alfonso X "El Sabio", 8
Teléfono 21 29 54

TOLEDO

Dulces de Navidad y alimentos especiales para diabéticos, celíacos y alérgicos.

Todo tipo de plantas medicinales, esencias, extractos y jarabes.

Lo encontrará en
**CENTRO DIETETICO
HERBOLARIO
SANTA CLARA**

C/ Núñez de Arce nº 1
Teléfono 22.72.78
TOLEDO

**LA MUJER
BARBUDA**

Dirige:
José Antonio Casado

Coordina:
Damián Villegas y
Amador Palacios

Correspondencia: Redacción
de Toledo de La Voz del Tajo,
Barrio Rey, 9